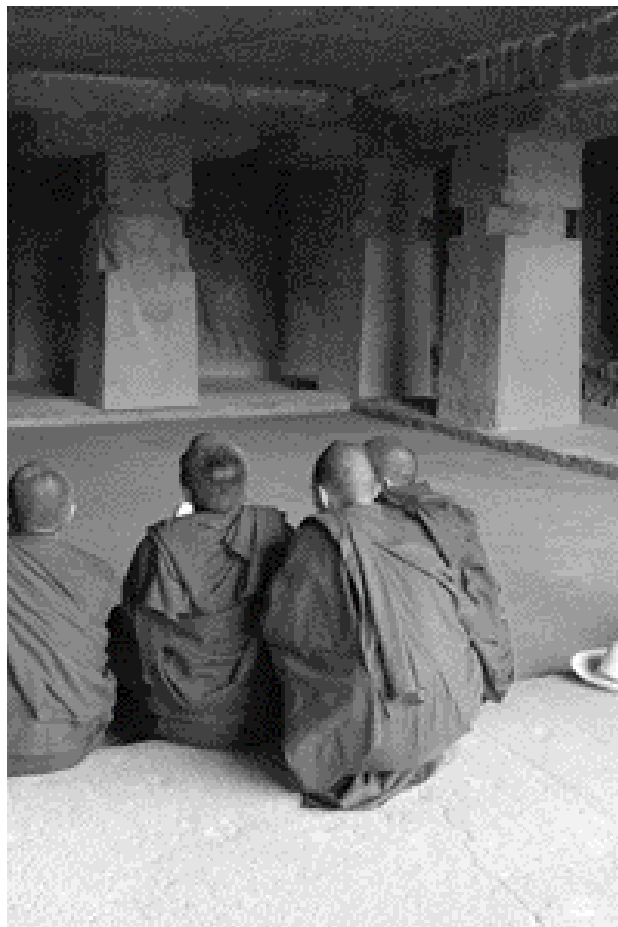


Miradas sobre la India

Texto: Margo Glantz
Fotografías: Alina López Cámara



Siguiendo los pasos de Henri Michaux la escritora y universitaria Margo Glantz y la fotógrafa Alina López Cámara se sitúan en esa zona precaria y privilegiada de los bárbaros en Asia. Estas imágenes de la India, comentadas por Margo Glantz, se erigen como iluminaciones: imágenes y palabras se lanzan en busca de los perfiles del mágico país, uno de los más enigmáticos del orbe.



Ellora Caves



Jainista

A las seis de la mañana se recorre las riberas del Ganges en una barca y se admira Varanasi (Benares), la hermosa ciudad dilapidada. En el muelle los fieles oran, saludan al sol, lavan ropa, se lavan los dientes, nadan. Cerca del crematorio principal, la orilla es amplia y sucia y sus lozas desiguales. El *Ghat* conocido como Harishchandra, es uno de los muelles principales; su nombre proviene de un rey legendario que abandonó su reino para vivir en esta ciudad como santón. Se percibe, extremo, el olor. “Sobre la escalera de piedra, dice Josef Winkler, escritor austriaco, cerca de los maderos amontonados que los sacerdotes colocan a la orilla del río, para erigir luego las piras funerarias, un adolescente acaba de defecar...”

Las piras arden, el humo se levanta, el olor se reconcentra. Se camina por las callejuelas espléndidas y ruinosas de uno de los barrios aledaños: pequeños templos en casi todas las esquinas, con toscas estatuas de colores chillantes, adornadas con guirnaldas de flores rojas y amarillas. Impúdicamente, una mujer vestida de un *sari* color bermellón reza, llora e increpa a Shiva; varios fieles impiden el acceso a un conjunto de templos; las perras sarnosas dejan caer sus tetas purulentas; desde una tienda donde venden sedas se contempla la cúpula dorada de una mezquita. “Ha habido, dice alguien, reyertas entre hindúes y musulmanes”.

De noche, la ciudad es espléndida, aún más cuando la luz eléctrica se apaga de repente, la luna llena ilumina

las escalinatas de mármol y los templos y palacios adquieren una realidad fantasmagórica. Barras encalladas, pintadas de blanco y azul, son vestigios arqueológicos de edades muy remotas, coexisten con la realidad. Los siglos se encaraman, como los edificios, los unos sobre los otros.

Cerca de Benares está Sarnath, lugar venerado por los budistas; aquí, Siddhara Gautama —Buda, “el despierto”— pronunció su primer sermón y puso en movimiento la rueda de la ley. En el santuario repleto y reconstruido en el siglo XIX, una peregrinación de budistas norteamericanos cumple con una ceremonia ritual, ofrecen té verde en termos de plástico; van vestidos con túnicas encarnadas y los brazos descubiertos, como luchadores de sumo.

Los edificios principales se admiran dentro de un hermoso parque. Destaca la *stupa* llamada Dharma Chakra; se dice que el Buda pronunció en ese sitio su primer sermón: es una torre cilíndrica de treinta y cinco metros de altura, adornada con bajos relieves y estatuas. Circundándola, varios peregrinos, algunas mujeres de edad avanzada; impresiona en particular una, casi anciana, reza en voz muy alta, totalmente ensimismada, se hinca y se prosterna, una y otra vez, dando interminables vueltas alrededor del monumento.

Casi todos los edificios que alberga el parque de Sarnath fueron construidos entre los siglos III y XII. Hay también un templo más moderno, allí se practica el

jainismo, una variante del hinduismo, los fieles apenas abarcan el uno por ciento de la población, practican de manera sistemática la no violencia y sus templos están desparramados por todo el subcontinente; son pequeños y armoniosos; los jainitas visten de blanco o andan desnudos y se aferran a una severa disciplina para no causar daño a ningún ser ni elemento, pero son avaros y usureros, nos dice, malicioso, nuestro guía, un musulmán.

Por toda la India caminan peregrinos, en Ellora, en Bombay, cerca de la casa de Gandhi; en el Sur, en los templos de Belur y Halibid, variantes delicadas y ascéticas de los templos eróticos de Kajuraho. En Sravana-belagola, provincia de Karnataka, un Buda de dieciocho metros de altura, totalmente desnudo: preside un santuario en la cima de una montaña. En Nueva Delhi, un hospital de pájaros jainita. En el primer piso, los pájaros malheridos ocupan pequeñas jaulas donde se les otorga cuidados especiales; en los pisos superiores se alberga a las aves que empiezan su recuperación y, en el último piso, en jaulas semejantes a de los zoológicos, dispuestas a emprender el vuelo, las que han sanado.

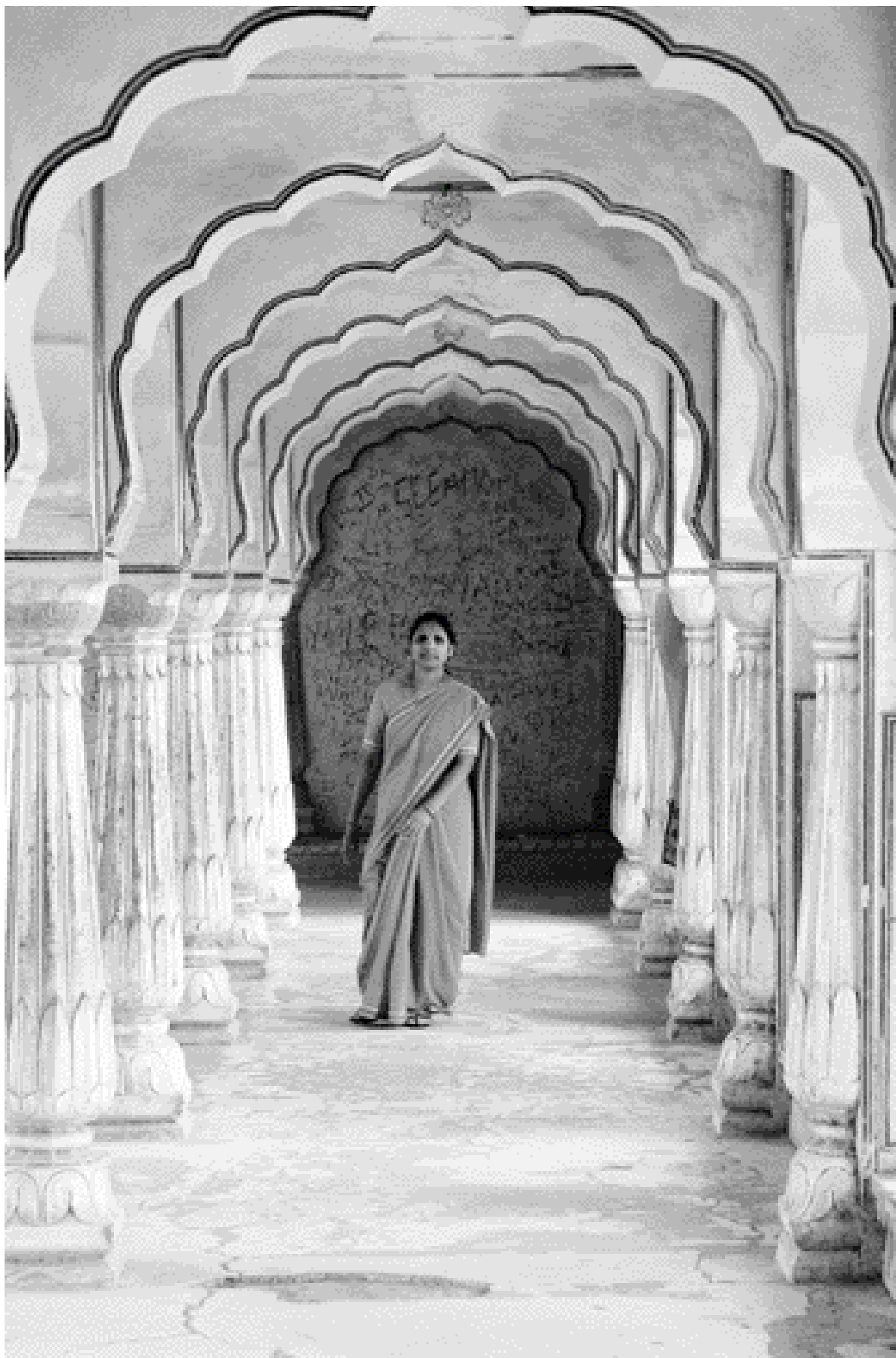
Abundan los pájaros y en las grandes extensiones de las construcciones musulmanas que Delhi alberga, sobrevuelan en profusión o se posan sobre las cúpulas y se

retan: son halcones, águilas y aves más pequeñas. Sobre un templo *parsi* en Bombay, apenas visible, revolotean los buitres sobre los cadáveres; después, sus huesos se blanquearán al sol. Muchas flores y peregrinos de todos los rincones del país, familias enteras con muchos niños de brillantes ojos negros, atuendos diversos y coloridos, según la religión que se profese: los ojos se deslumbran. Los templos bellísimos, trabajados con primor, casi siempre de mármol y ladrillos.

Por la calle multitudes, un caos de bicicletas (en una sola va montada una familia), anuncios, peatones, bicimotos-taxis y camiones que transportan objetos inverosímiles. Los tendidos eléctricos caprichosamente entre verados compiten con las raíces de los árboles enredadas hasta conformar absurdas y dislocadas figuras; en las banquetas, artesanos practican los oficios más antiguos del mundo. Deambulan vacas inconmesurablemente flacas, monos y perros. Cerdos: hacen honor a su nombre, comen periódicos y su piel es del color exacto de las letras, desaparecen a medida que las devoran. El ruido es incesante, la contaminación tremenda: frente a Delhi —o a cualquier ciudad hindú—, el valle de México y su ciudad conservan su antigüedad y exacta transparencia. U



De noche, la ciudad es espléndida, aún más cuando la luz eléctrica se apaga de repente, la luna llena ilumina las escalinatas de mármol y los templos y palacios adquieren una realidad fantasmagórica.



Amber Fort